



**CUATRO
VALLES**

Las Zancas

Itinerario guiado por La Omañuela

Omaña

Cuenta la leyenda que, en tiempos de la invasión romana, los pobladores de estas tierras eran conocidos como hombres dioses infernales, los “homines manium” por su carácter indomable. Posiblemente de ahí tomaran su nombre actual, omañeses, los pobladores de Omaña.

La Virgen de Pandorado

La tradición local recoge que una tarde se apareció la Virgen a un pastor de La Omañuela, ofreciéndole una talla con su imagen para que la venerasen. Tras bajar al pueblo, se entronó la imagen en la iglesia, desapareciendo por la noche y reapareciendo al día siguiente y posteriores en la piedra de la primera aparición, por lo que se hizo una ermita en el lugar deseado por la Señora. Hasta hace algunos años se conservaba la piedra, reconocible por la cruz que había grabado en ella el pastor. En primavera se celebran las rogativas de los pueblos y cada 15 de Agosto, hay romería en la ermita de Pandorado, con procesión y misa, a la que acuden los vecinos de toda la comarca, con sus pendones y bailes populares.





La Omañuela

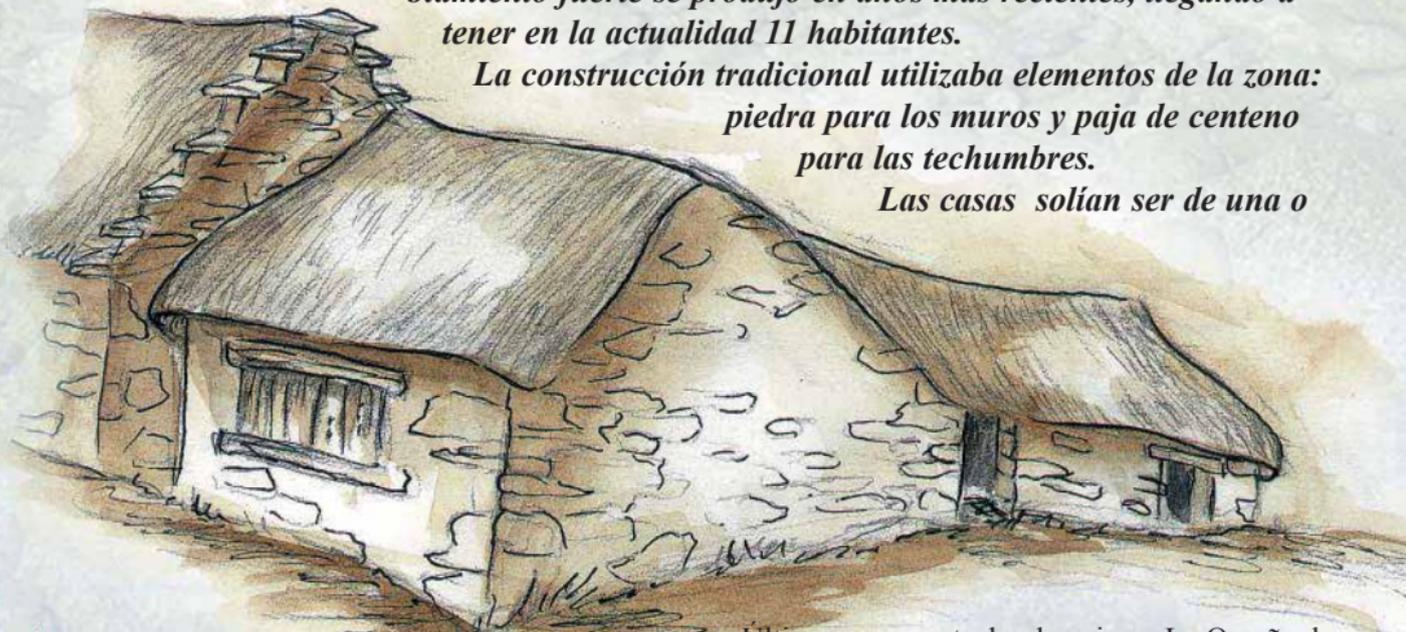
Croquis de la ruta

Vivienda tradicional

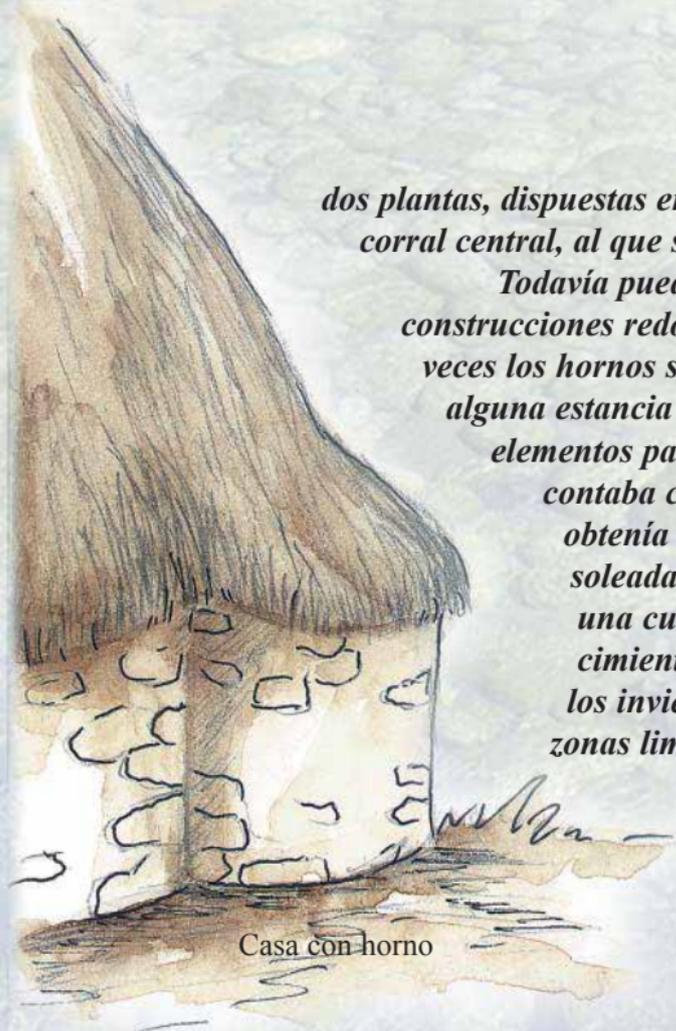
*A la orilla del río Omaña se encuentra La Omañuela. El pueblo contaba a principios de siglo con 90 vecinos, de los que en 1950 quedaban 79. El despo-
blamiento fuerte se produjo en años más recientes, llegando a tener en la actualidad 11 habitantes.*

*La construcción tradicional utilizaba elementos de la zona:
piedra para los muros y paja de centeno
para las techumbres.*

Las casas solían ser de una o



Última casa con techo de paja en La Omañuela



Casa con horno

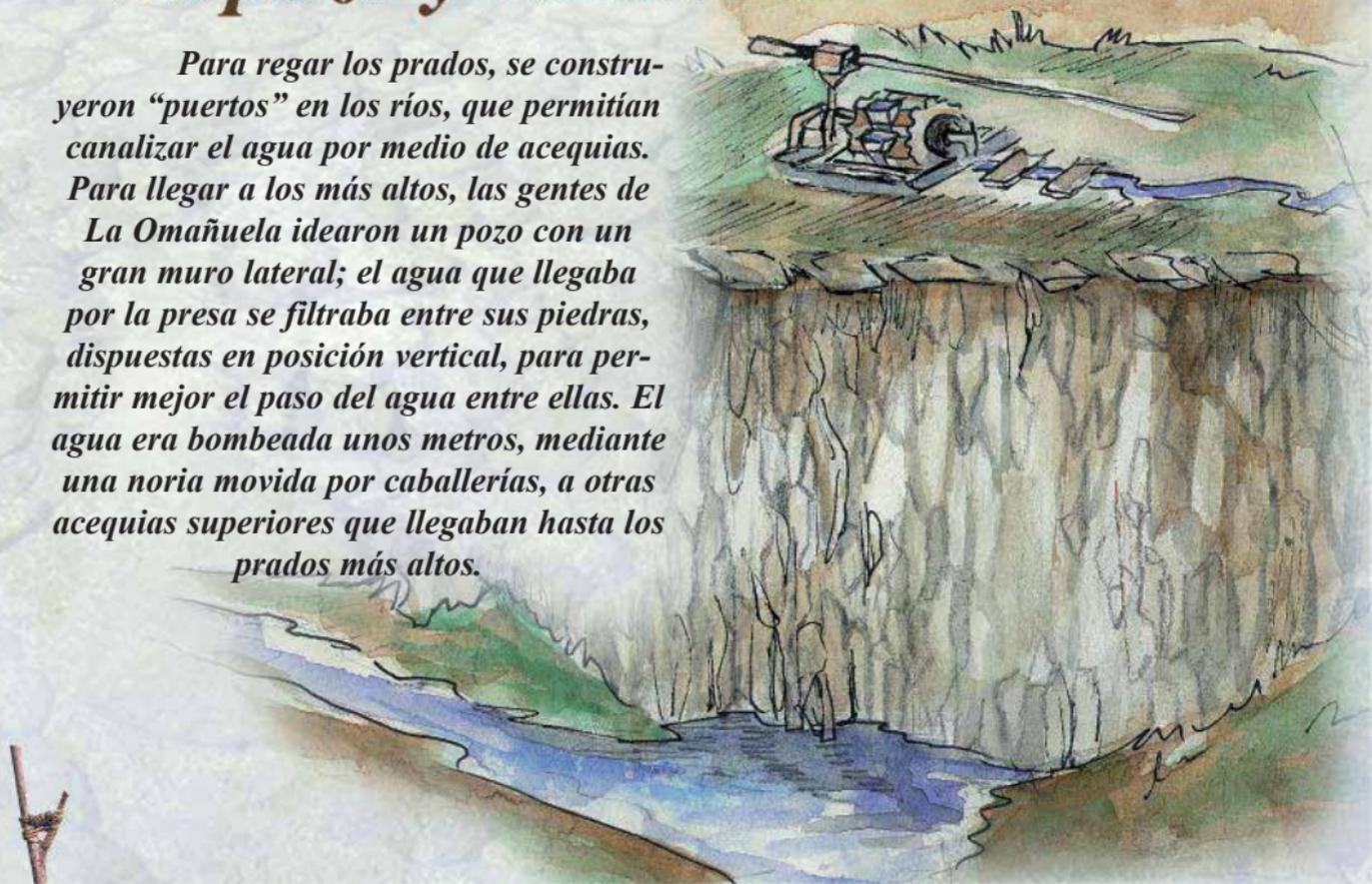
dos plantas, dispuestas en forma de “L” o “U” alrededor de un corral central, al que se accedía por un portón o cancilla.

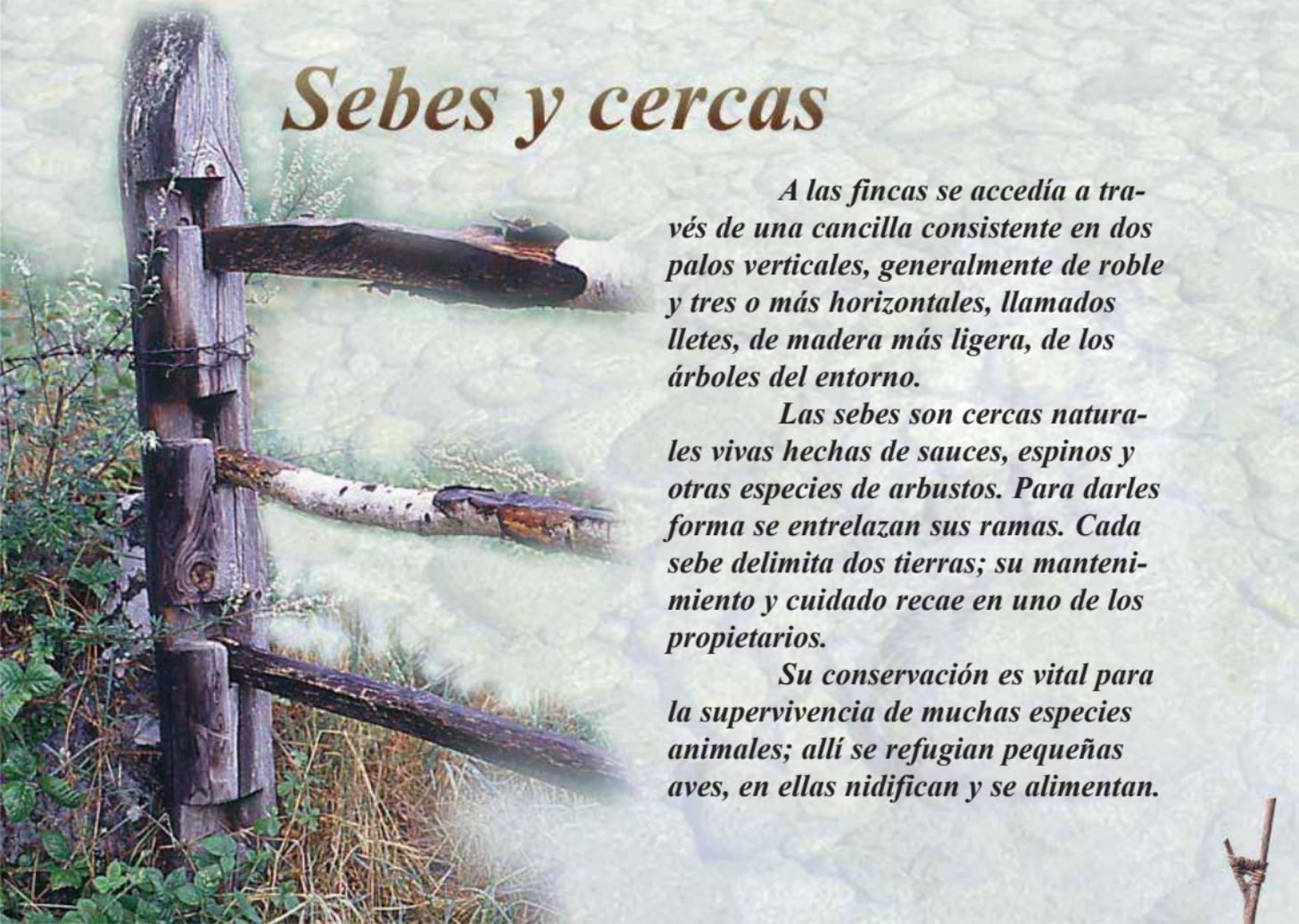
Todavía pueden verse, adosadas en algún muro, construcciones redondeadas; son las horneras. Otras veces los hornos se encontraban en las cocinas o en alguna estancia aneja, donde se disponían todos los elementos para amasar y cocer el pan. Cada casa contaba con su propio horno; el harina se obtenía del centeno cultivado en las laderas soleadas y molido en molinos de agua; era una cultura distinta basada en el autoabastecimiento; las comunicaciones eran precarias, los inviernos largos y el comercio con otras zonas limitado.



El pozo y la noria

Para regar los prados, se construyeron “puertos” en los ríos, que permitían canalizar el agua por medio de acequias. Para llegar a los más altos, las gentes de La Omañuela idearon un pozo con un gran muro lateral; el agua que llegaba por la presa se filtraba entre sus piedras, dispuestas en posición vertical, para permitir mejor el paso del agua entre ellas. El agua era bombeada unos metros, mediante una noria movida por caballerías, a otras acequias superiores que llegaban hasta los prados más altos.





Sebes y cercas

A las fincas se accedía a través de una cancilla consistente en dos palos verticales, generalmente de roble y tres o más horizontales, llamados lletes, de madera más ligera, de los árboles del entorno.

Las sebes son cercas naturales vivas hechas de sauces, espinos y otras especies de arbustos. Para darles forma se entrelazan sus ramas. Cada sebe delimita dos tierras; su mantenimiento y cuidado recae en uno de los propietarios.

Su conservación es vital para la supervivencia de muchas especies animales; allí se refugian pequeñas aves, en ellas nidifican y se alimentan.



Los árboles de la ribera

En ambos márgenes del río, la vegetación crece exuberante. Las distintas especies se disponen más o menos alejadas del agua, según las necesidades de humedad en el suelo. Los negrillos son los más distantes, mientras que sauces y alisos mantienen sus raíces casi encharcadas, enraizando literalmente en el agua.

Crecen apretados, originando un bosque umbrío y fresco, que desploma sus ramas sobre el cauce, de modo que las de una y otra orilla llegan a tocarse, formando una galería que cubre el curso del agua.

Junto a ellos crecen arbustos y sobre todo lianas, plantas trepadoras que utilizan otros árboles como soporte, para trepar en busca de la luz del sol, imprescindible para su superviven-

ALISO: Árbol de espeso follaje de un verde intenso característico; sus flores masculinas cuelgan del extremo de las ramas antes de que las hojas salgan de las yemas, bien mediada la primavera y condicionen por completo la entrada de la luz. Su madera es dura y resistente y soporta bien la humedad, por lo que se emplea para hacer madreñas. En La Omañuela se encuentran alisedas muy bien conservadas.



cia, y que no encuentran en un sotobosque denso y en sombra.

Otros árboles pueblan las riberas. Los chopos son abundantes y han proliferado las repoblaciones con variedades de crecimiento rápido. Sus fustes largos y su madera ligera servían para hacer vigas. Pueden encontrarse algunos abedules, aunque son más abundantes a mayor altitud; en la antigüedad, su corteza era empleada para escribir y su madera, bastante impermeable, servía para hacer cuencos y vigas. Los fresnos poseen una madera muy apreciada para hacer aperos de labranza. Sus hojas se emplean como “ramón”, alimento para el ganado en época de escasez de hierba.



SAUCE: Varias especies de sauces viven en estos ríos, siempre cerca del curso del agua. Popularmente se conoce como “paleras” a los árboles de gran porte con un tronco diferenciado.

Forman parte importante de las que

dividen las tierras y que se podan periódicamente entrelazan-ramas. Los de menor tamaño se denominan “salgueras”, no presentan tronco definido sino ramas finas y muy flexibles que crecen de cepa, los mimbres, que se usaban para hacer cestos y el asiento de las zancas.



Las Zancas

No siempre los pueblos de Omaña contaron con una forma de cruzar el río. Muchas de las pasarelas o puentes eran arrastrados por riadas o crecidas.

Los omañeses idearon las zancas, ingenios que les permitían pasar el río en cualquier circunstancia.

Los palos se cortaban rectos y con una horquilla en medio, si podía ser de negrillo, pues eran los más duros; si no, había que conformarse con alisos o fresnos. El asiento para el pie se trenzaba con varas de salguera (sauce) que, cortadas en invierno, son muy dúctiles y no se parten al doblar.



Fauna del río

GUSARAPA



MOSCA DE MAYO



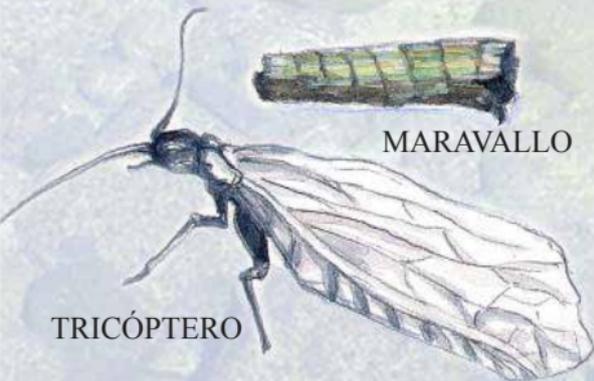
Bajo el agua, entre las piedras del río viven muchas larvas de insectos, alimento indispensable para la fauna de la ribera. Están adaptadas a la vida en aguas oxigenadas y frías. En la primavera y el verano se transforman en adultos alados característicos de estos

ambientes. El río Omaña no está regulado, por lo que mantiene las condiciones naturales de un río de montaña; los ciclos de crecidas primaverales y estiajes en verano, permiten la supervivencia de gran cantidad de formas vida tanto debajo, como fuera del agua.

MARAVALLO



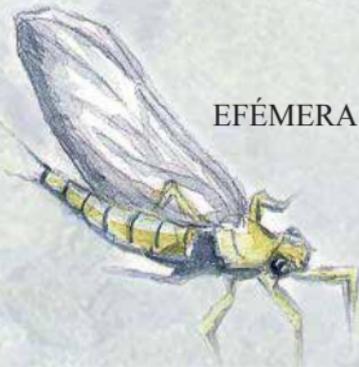
TRICÓPTERO



GUSARAPÍN



EFÉMERA





El robledal

Los robledales son uno de los bosques más abundantes en Omaña.

La especie más común es el rebollo (Quercus pyrenaica), fácil de identificar por sus hojas muy lobuladas y con el envés ligeramente aterciopelado. Su madera era muy apreciada para hacer vigas y muebles, por ser muy resistente, duradera y fácil de trabajar. Los árboles se cortaban “en menguante”, cuando la savia “está baja”, de modo que la madera se seca pronto, no se pudre y así se conserva mejor.

Sus bellotas son un alimento muy nutritivo, que fue una de las bases alimenticias de los primeros pobladores de estas tierras; de ellas se obtenía harina para la fabricación de pan, con rudimentarios molinos de mano. En los castros del entorno, se han encontrado restos de bellotas y molinos de mano, que nos hacen imaginar la dureza de la supervivencia en aquellos poblados primitivos. Por Estrabón sabemos que “en las tres cuartas partes del año, los montañeses no se nutren sino de bellotas que, secas y trituradas, se muelen para hacer pan”.

En estos bosques viven especies animales de gran interés: jabalí, corzo, pequeños mamíferos, algunas aves como el ratonero y el arrendajo e infinidad de insectos.

Los linares

En la margen derecha del río Omaña, ya cerca del pueblo, se encuentran “los linares”, tierras donde antaño se cultivaba el lino.

Una vez recogido y majado, el lino se metía en agua durante unos 8 días, para después cardarlo e hilarlo. Con él se hacían sábanas, la ropa de casa, camisas, etc.

Sus semillas contienen gran cantidad de aceites obteniéndose de ellas el aceite de linaza.



Cuando se abandonó el cultivo del lino, estas tierras por lo general fértiles y ricas, se emplearon como huertas, tierras de patatas, etc. donde se obtenían productos para consumo propio. Los nuevos hábitos y el progresivo abandono de los pueblos han condicionado el destino de estas tierras para la plantación de chopos, gracias a la frescura de los suelos y a los pocos cuidados que necesita esta especie.

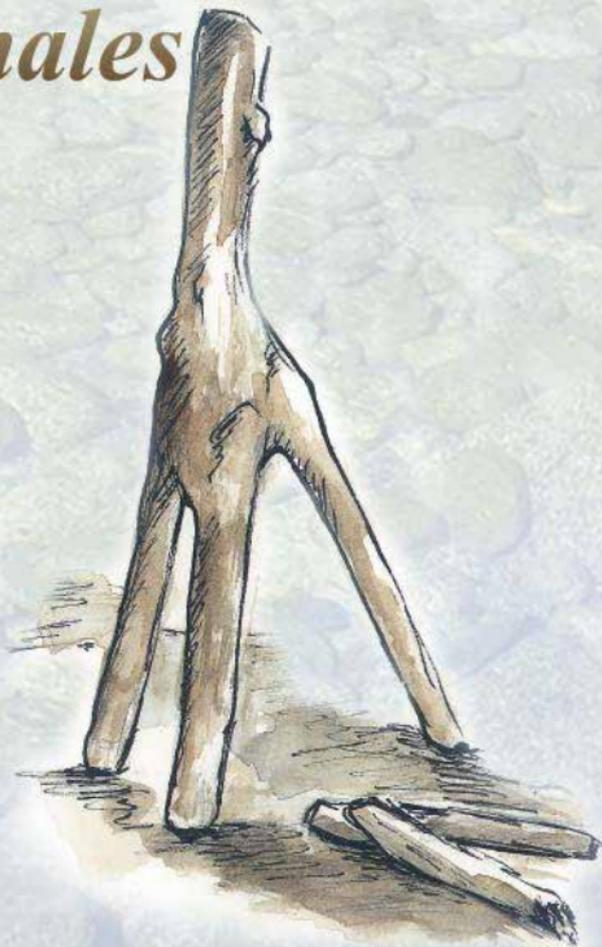


Juegos tradicionales

En los ratos de ocio, para entretenerse, los jóvenes del pueblo practicaban varios juegos populares como “la calva” o “la chita”.

El juego consistía en derribar “la calva” (palo de tres patas), con otros palos que se lanzaban desde una cierta distancia. Los distintos lanzamientos se puntuaban dependiendo del acierto en el tiro; el máximo lo realizaba quien derribaba la calva directamente, sin que la lanzadera tropezase con ningún obstáculo.

Es un juego de puntería, cuyo origen hay que buscarlo en ambientes pastoriles. La destreza lanzando piedras u objetos ha sido siempre una habilidad propia de pastores.



La maja del pan

Todavía se conserva en la memoria de los más viejos “la maja del centeno”. Cuentan que la maja estaba entre el trabajo y la fiesta. Una vez segado el centeno, los majadores, con el piértigo en la mano, golpeaban el cereal a ritmo de canciones, para separar el grano de la paja. Las bandas de majadores competían para demostrar que equipo majaba mejor. Había que celebrar que el día de trabajo significaba el final de la cosecha y garantizaba la supervivencia para el año siguiente.

Dos piezas componen este utensilio: la “manueca”, más corta, es el palo que se agarraba con las manos, mientras que el “piértigo”, de mayor longitud, golpeaba los mazos de centeno; ambas se unían por un sistema de nudos con tiras de cuero.

Algunos mozos hacían recoger la paja a las mozas, y cuando éstas se acercaban, los mozos “las emburraban” y las ataban junto a los manojos ¡cuando ellas se dejaban!.



*Cada uno de nuestros pueblos tiene
su historia y peculiaridades.
Un cúmulo de tradiciones, costumbres
y paisajes que han perdurado
a través del tiempo.
Es un legado con identidad propia,
parte importante de nuestra vida.
De nosotros depende conocerlo y conservarlo.*